

6ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 6, 17. 20-26.

En aquel tiempo, bajó Jesús del monte con los Doce y se paró en un llano con un grupo grande de discípulos y de pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón.

El, levantando los ojos hacia sus discípulos, les dijo:

-Dichosos los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

-Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados.

-Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis.

-Dichosos vosotros cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del Hombre.

Alegraos ese día y saltad de gozo: porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas.

Pero, ¡ay de vosotros, los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre! ¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis! ¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que hacían vuestros padres con los falsos profetas.

EN CAMINO A LA FELICIDAD

Jesús enmarca su predicación con **«un gran mensaje»** dirigido a satisfacer la principal necesidad de cualquier ser humano: su felicidad. **«La felicidad es el deseo fundamental de toda persona»**. Pero la felicidad que anuncia y promete Jesús la coloca, no en el poseer, no en el dominar, no en el triunfar, no en el gozar, sino **«en el amar y ser amado»**.

Atendiendo a este objetivo, hoy el Evangelio nos presenta **«las Bienaventuranzas»** en la versión de San Lucas. Son cuatro Bienaventuranzas y cuatro admoniciones formuladas con la expresión **«¡ay de vosotros!»**. Con estas palabras, fuertes e incisivas, Jesús nos abre los ojos, nos hace ver con su mirada, más allá de las apariencias, más allá de la superficie, y nos enseña a **«discernir»** las situaciones con la fe.

La felicidad que busca el mundo consiste en **«disfrutar sin pagar ningún precio»**. Disfrutar cada momento, satisfacer deseos, evitar lo desagradable, mirarse a sí mismo. Es, en resumen, **«negar la realidad de la vida»**, intentar hacer un oasis de satisfacciones sin sentido. Pero La vida humana no es así, está llena de **«innumerables dificultades y sinsabores»**. Este enfoque vital **«priva de sentido a la vida»**, tanto personal como colectiva, generando una amarga factura de insatisfacción.

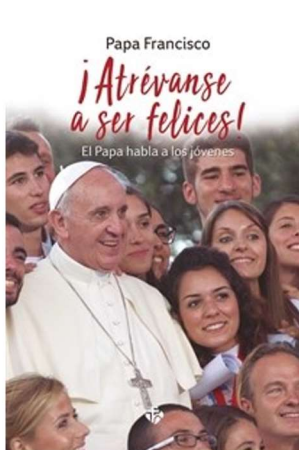
Jesús nos ofrece **«otro código de felicidad»**, basado en una comprensión más profunda y comunitaria de la persona. **«Asume la vida entera del ser humano, como individuo y como colectividad»**, y muestra dónde y cómo puede encontrar la satisfacción de realizarse. Y el ser humano encuentra esa satisfacción **«cuando asume su condición profunda de ser pequeño, caminante y hermano»**. Por eso el dinero, la salud, las satisfacciones y placeres o la aceptación social, pueden convertirse en **«trampas deshumanizadoras»**. Y es que cuanto más se tiene, se suele ser menos capaz de compadecer, se suele desear más de lo mismo insaciablemente, se suele ser menos capaz de esfuerzo y de solidaridad.

Por eso Jesús declara bienaventurados a los pobres, a los hambrientos, a los afligidos, a los perseguidos y amonesta a los ricos, a los saciados, a los que ríen y son aclamados por la gente. La razón de esta bienaventuranza paradójica radica en el hecho de que Dios está cerca de los que sufren e interviene para liberarlos de su esclavitud. **«Jesús lo ve y ve las bienaventuranzas más allá de su aparente realidad negativa»**.

E, igualmente, ese «*¡ay de vosotros!*», dirigido a quienes hoy se divierten sirve para «*despertarlos*» del peligroso engaño del egoísmo y abrirlos a la lógica del amor, mientras estén a tiempo de hacerlo.

Esta página del Evangelio de hoy nos invita, pues, a reflexionar sobre el profundo significado de tener fe, que consiste en «*fiarnos totalmente de Dios*». La esencia de Jesús es «*tomarse en serio que a Dios sólo se le sirve en sus hijos*» y que Jesús sólo tiene un proyecto, que Él llama «*Reino de Dios*», que no es otra cosa que «*una manera más humana de vivir como personas y como colectividad*», un «*Proyecto de Humanidad por construir*». Se trata de derribar los ídolos mundanos para abrir el corazón al Dios vivo y verdadero, pues solo Él puede dar a nuestra existencia esa plenitud tan deseada y sin embargo tan difícil de alcanzar.

Y es este el contexto y el ambiente en el que se entienden bien las Bienaventuranzas. No



El único camino a la Felicidad
LAS BIENAVENTURANZAS

son preceptos para salvarse, ni reglas ascéticas de sufrimiento para luego gozar en una futura vida eterna. Son, simplemente, «*la mejor manera de vivir*», que se reduce a tomar nuestra humanidad en serio, trabajando por ella «*haciendo de la vida personal un servicio útil*».

Y, además, «*sentirse muy bien así*», muchísimo mejor que atendiendo a otras metas como ganar mucho dinero, tener una

buena casa, salir de compras, figurar o tener influencias y contactos. Entregarse a eso, «*al Reino de Dios*», «*a crear la humanidad que Dios sueña*», es como «*encontrarse un tesoro*», pues ya todo lo demás carece de valor.

Hoy en nuestro mundo podemos encontrar personas que se presentan como «*dispensadores de felicidad*», que prometen éxito en poco tiempo, soluciones mágicas para cada problema, etc. Y aquí es fácil caer, sin darse cuenta, en el pecado contra el primer mandamiento: la idolatría, «*reemplazar a Dios con un ídolo*». ¡La idolatría y los ídolos parecen cosas de otros tiempos, pero en realidad son de todos los tiempos! Mucho más de este tiempo nuestro, en el que se niega con facilidad todo aquello que pueda sonar a Dios o a religión.

Por eso Jesús nos abre los ojos a la realidad. Y es que estamos llamados a la felicidad, a ser bienaventurados, y lo somos desde el momento en que «*nos ponemos de parte de Dios*», de su Reino, de parte de lo que no es efímero, sino que perdura para siempre. Reconocernos necesitados ante Dios, dice el Papa Francisco, es muy importante: «*Señor, te necesito*». Y, por supuesto, «*vivir, como Él y con Él*», cerca de los pobres, de los afligidos y de los hambrientos. Nosotros también lo somos ante Dios. Somos pobres, afligidos y «*tenemos hambre de Dios*».

Jesús nos ayuda a abrir los ojos, a adquirir una visión más certera de la realidad, a curarnos de la miopía crónica que el espíritu mundano nos contagia. Él, con su Palabra paradójica de las Bienaventuranzas, nos sacude y «*nos hace reconocer lo que realmente nos enriquece*», nos satisface, nos da alegría y dignidad. En resumen, lo que realmente da sentido y plenitud a nuestras vidas. ¡Que así sea!